

Código Golondrina

Leonardo Plata

*–Bienvenido al país de las
maravillas, amigo mío.*



CÓDIGO GOLONDRINA

Leonardo Plata

Capítulo 1

Capítulo 1

Alicia

*

Había salido del hospital de Torrejón en un Mercedes negro que se confundía con el vestido fúnebre que llevaba como si de antemano, esa mañana que visitó su cuerpo, supiera del pecado a víspera de cometer. Su mano izquierda yacía sobre el volante, pálida por la tensión de sus músculos, mientras el vehículo serpenteaba entre el tráfico con la mayor destreza que le permitían las circunstancias. En su mano derecha, sin embargo, llevaba un paño blanco, aunque seco, al que no le hallaba utilidad porque las lágrimas no acudían a ella.

Una persona que no la conociera tal vez pensara que era una cuestión de vanidad. Alguien podría decir que no quería estropear su maquillaje de Elizabeth Arden, o que evitaba que las gotas saladas corrieran a ambos lados del escote, dejando una línea plateada incómoda de ver. Los más dirían que en realidad evitaba llorar para eludir su rostro frente al espejo, ya que las incómodas lágrimas le exigirían recomponer su imagen. Tal vez, en esto, los más no erraban del todo.

Alguien que no la conociera definitivamente diría que era una mujer cínica; que tenía el corazón marchito. Después de todo iba huyendo a una velocidad discreta a la altura de Méndez Álvaro, Madrid. Y a su paso había dejado tres vidas destruidas... cuatro, si contaba la de su propia madre. Y cientos, si se tenía en cuenta su participación en la Guerra. La verdad, claro, es relativa. Al soldado nunca se le consideraría, jamás, un homicida.

Alguien, en definitiva, diría que aquella mujer, una Boina Verde de otra época, era un criminal. Y no había muchos que lo contradijesen, ni siquiera los medios que, días después, lanzarían el grito al mundo con su crimen y sus pecados y el horror que dejó a su paso en la ciudad que la vio crecer.

La mayoría, sin embargo, no la conocía.

La mujer disminuyó la velocidad al divisar la estación de Repsol. Se estacionó lo más lejos que pudo, entre dos vehículos mucho más grandes, y maldijo su mala suerte. Dejó el paño blanco sobre el asiento del copiloto. Cayó en cuenta, por primera vez en la noche, de que seguía seco

y ese detalle, ese pequeñito detalle, por poco le induce las arcadas.

Se apeó y, frente a su reflejo en la ventana del Mercedes, alisó los pliegues de su vestido. Retocó su lápiz labial, algo de rímel endureció su semblante. Enderezó su espalda, atusó los salvajes mechones de pelo, y enfiló al interior del autoservicio.

Fue directo al cajero automático. Sacó todo el dinero que pudo de su cuenta, lo guardó al interior de su Valentino, y se dirigió a la sección de licores acompasadamente. Bamboleándose sin perder el porte. Tomó un vino cualquiera, una humilde botella de tres euros y se dirigió a la caja.

La cajera, una mujer jordana —mal llamada musulmana, aunque profesara el Islam, porque la Sharía siempre le atropellaba el gentilicio—, le miraba a través de un chador azul. Una prenda simple, pero que era capaz de esconder todas las miserias que ya de entre las cicatrices de su rostro empezaban a rebozarse.

Se quedaron mirando, enmudecidas, mientras se registraba la compra. *¡Y esa mirada!, pensó, también ella sabe lo que es vestirse de mentira, temor y mierda.* Pudo ver esa similitud que empezaba a erigirse entre ellas, firme y alta, apuntando al cielo. Aquella mirada le decía: «Somos dos parias que del mundo solo nos queda la niñez y un trago de vino.»

Alicia tomó su compra y se encerró en el baño del autoservicio. Pasó doble cerrojo, desplomó su cuerpo en el sanitario y destapó la botella. De sopetón bebió la mitad, lo que para muchos sería una desvergüenza. Para ella no. No muchos la conocían. El líquido bajó quemándole la garganta, caldeando sus axilas, arrebolándole las mejillas. Cerró los ojos, encajó su mandíbula, y ahogó un gemido que vibró por todo su cuerpo. Quedó hecha un desastre, definitivamente, así que fue al espejo y corrigió su aspecto.

Dios santo, pronto todos me verán como si pudiera contagiarles el sida con un apretón de manos.

Tomó su móvil y marcó un número antiguo. En otras circunstancias, alguien diría que ella debió sonreír cuando escuchó la voz de la mujer al otro lado de la línea. Pero esas eran otras circunstancias, otra gente que la conocía mejor, y en cambio todo lo que hizo fue relatar, lo más rápida y detalladamente, todo cuanto le había ocurrido las últimas horas.

—Dios, niña, ¿qué hiciste? —preguntó Jazmín, tragándose los estertores.

—No me arrepiento. Sabes que no me arrepiento, y si me vas a juzgar, pedazo de hijoputa, termino la llamada. No tengo mucho tiempo.

—Te atraparán antes de salir.

—No lo sabrán. Nadie lo sabrá si tomo un vuelo ya mismo. Tengo una coartada. La enfermera de Fernando no dará aviso hasta dentro de una hora.

—Entonces antes de que llegues...

—No iré a Estados Unidos, no aún; pero llegaré. Me comunicaré luego, pero ahora debo perderme en alguna letrina mientras se calman las aguas.

No lo sabía entonces, pero las aguas no harían sino arremeter una y otra vez.

El silencio azuzaba sus inquietudes.

—¿Y bien? —insistió Jazmín.

—Lo siento, debo irme. Te enviaré algo de dinero. Toma lo que necesites, pero déjame algo para vivir por unos meses mientras llego a Chicago. ¿Crees que Enrique esté de acuerdo? Digo, prometo encontrar un lugar. Solo serán unos días.

—No creo que se niegue. Tampoco es que pueda, eh.

Sonrió.

—Gracias.

Luego colgó y desechó el móvil allí mismo.

Salió del sanitario con la espalda firme, el rímel delineado, el lápiz labial intacto. Subió a su Mercedes, se cercioró de que el paño blanco siguiera seco, y enfiló hacia el aeropuerto. Ahora tenía el tiempo jugando en su contra, y pensó que, de no salir de aquello, sería mejor que no terminara con vida.

**

Alicia, así como persiguiendo el conejo de la madriguera, corrió a la zaga de un menú, un cartoncito que anunciaba: «Pow Wow!, WoW Chinese!» Había entrado un cliente —lo supo por el sonido de la histérica campanilla en el dintel—, el primero de la noche —¡Dios, al fin!—. Y, fiel a las raíces de su cultura, pensaba que el primer cliente auguraba el desempeño del resto de la noche.

Que sirvieran comida china en el restaurante donde había trabajado los últimos casi dos años le parecía una broma cómica. Los propietarios y patrones, un camboyano y una tailandesa, se lo confesaron aquel primer día en su entrevista de trabajo. No, no eran chinos, eran asiáticos, lo que al paladar y oídos del cliente «americano» valdría por igual. «¿Usted cree, Alicia, que alguien notaría la diferencia?», le preguntó la inocente anciana.

Y tenían razón.

Pero ese primer día Alicia lo tomó como una broma, y rio con tanta franqueza que tuvo que llevar la mano a su boca y atragantarse para cortar esa loca risa de tajo. Fue algo así como una bofetada que le aventaba al par de ancianos. Sus patrones, en cambio, le devolvieron una mirada como acusados en un juicio por matar a alguien. Pasmados, tal vez, de un gesto que no entendían. ¿Risa? ¿Qué era tal cosa? En los dos últimos años nunca les vio los dientes.

Alguien que definitivamente no conociera a Alicia pensaría que no merecía su buena suerte. Había conseguido un trabajo en su primera semana en Chicago, uno que nunca pensó que conseguiría, en medio de North Side. Jazmín la había acogido con la mayor amabilidad que podía esperar de su vieja amiga, y sus crímenes, tal vez, quedarían en el olvido. Estaba maravillada.

Felicidades, señorita Alicia, pensó, tenemos el placer de nombrarla Mesera del Pow Wow! Sí, así, con eme mayúscula de Mesera, porque en su caso era el único título posible. Esperamos verla crecer en este ultramarino de gran renombre. Ultramarino de China, Tailandia y Camboya, todo entremezclado y disuelto bajo el nombre de «Pow Wow!», embutido en un establecimiento de mala muerte. Dirigido por un par de ancianos que nunca en su vida pisaron suelo chino.

Pero habían pasado casi dos años desde entonces, dos años en los que había tenido la oportunidad de ir disolviendo su pasado, a fuego lento, sirviendo platos chinos, camboyanos, tailandeses, extraños, indefinidos, apátridas. Y, como cada vez, consideraba que el primer cliente auguraba el desarrollo de la noche.

—Bienvenido al Pow Wow! —saludó Alicia a un hombre rubio, rollizo, ojizarco, muy «americano», aunque de «americano» solo tuviera su aspecto, entregándole el menú que acababa de tomar—. ¿Le puedo ofrecer este asiento? —le sugirió una de las pocas mesas privilegiadas por esa ristra de bombillas parchadas de óxido.

No. No aceptó su ofrecimiento.

El hombre tomó asiento en el rincón más oscuro, de espaldas a cualquier recomendación de la Mesera, y abrió el menú como si de repente fuera a contagiarse una enfermedad. Allí nunca le vería, y ese rincón tenía la mala costumbre de granjearle un par de regañinas de la señora Boupha. Era un agujero negro donde no se divisaba vida alguna.

Que supiera que el hombre no era «americano», además, era una de sus viejas habilidades, propia de una niñez mal educada, templada en una juventud en medio de la Guerra que la dejó habilitada para reconocer gentilicios. A ciegas reconocía a un tailandés sobre un camboyano, a un «americano» sobre un canadiense, a un argelino sobre un libio. Una cualidad muy útil cuando su cabeza soportaba el peso de una Boina Verde.

—Le puedo dar fe de nuestro Prahok —dijo Alicia en un inglés un tanto veteado por su acento natal. Señalaba la carta donde se aseguraba, rubricado por esa caligrafía indescifrable, impronunciable, indigerible, que todo aquello era comida china. «Pow Wow! Comida China»—. O de nuestro Lok Lak... —Alicia volvió la mirada y se encontró con los ojos inquisitivos de sus patronos. Tragó saliva y se acercó al hombre con el pretexto de señalarle algún platillo del menú. Aprovechó el hermetismo del rincón y le susurró al oído—: No le recomiendo el Pad Thai. El patrón asegura que es una receta típica, pero, venga, que a la gente nunca le gusta. Nunca me dan propina cuando piden el plato, así que... —Le guiñó un ojo—. Por lo que más quiera, no lo pida.

La mirada del hombre enfilaba al menú, luego Alicia, luego a la decoración del lugar, rápida, intermitente, como cortando cebolla. Que sí, señaló con el dedo, que quería el maldito Pad Thai. ¡El maldito Pad Thai! «¿Seguro?», le preguntó, pero el hombre, en contrato con su mutismo, se encogió de hombros. Ese día el bote de las propinas, esa pequeñísima vasija de cristal chino que se quebraba si alguien la alimentaba con demasiadas monedas, terminaría vacío; vacío como el Pow Wow!

—¿Alguna bebida?

Qué sorpresa: ninguna.

Volvió a la barra escoltada por la señora Boupha y el señor Somchai. Dos ancianos no muy diferentes de las esculturas de Apsarás que los clientes confundían con «budas flacos», aupados a dos líneas de pedestales sobre las paredes enmoquetadas de chinescos y arabescos.

El señor Somchai replicaba histérico cuando se referían a sus estatuillas como los «budas flacos». Su rostro se tornaba rojo como el rostro del «buda gordo», el rostro de Hotei. Porque Hotei, el «buda gordo», según decía, nada tenía que ver con los Apsarás ni con el sagrado Buda, el enjuto y pálido hombrecillo de las estatuillas que de hambre casi muere

durante su primer contacto con el mundo. O eso aseguraba el anciano. Tenía fortuna de que al señor Somchai se le enredara el idioma entre los dientes, porque de lo contrario esa clientela que venía en aumento desde que tenían Mesera, es decir Alicia, se esfumaría de un resoplido.

—¿Qué ordenó?

—Pad Thai, Somchai —suspiró Alicia.

—¡Pad Thai!

Y el señor Somchai se perdía entre una colgadura de bolas chinas mal compradas por esa inocencia mística que profesaban ambos ancianos.

—¿Y la bebida? —preguntó la señora Boupcha.

Ninguna, aunque tuvo la paciencia de sostenerle la sonrisa mientras le llevaba un vaso con agua del grifo.

En pocos minutos el Pow Wow! se abasteció de una iridiscente procesión de blancos, negros, amarillos, rojizos, caucásicos. Alicia iba de la barra a las mesas con la ligereza de un globo aerostático, llevando platos que tenían un aspecto visceral, jirones de carne que flotaban sobre sopa, pasta o arroz y que olían, en el mejor de los casos, a cadaverina fresca. Todos servidos en vajilla china que hacía más honor a su linaje que el intento de comida que cargaban a cuestras.

Y entraron y salieron al menos treinta estómagos vacíos, luego repletos, amén de la inminente indigestión, y el sujeto del Pad Thai continuaba entre las sombras menudeando sobre el plato. Pidió un vaso de agua más con un gesto a medio camino entre un gruñido y un aspaviento de su mano derecha, y plantó sus ojos azules, dos ópalos que reflejaban la luz mortecina en medio de una caverna, sobre Alicia.

¿Es que pensaba intimidarla, conquistarla, qué? Le preguntó una, dos, cinco veces si se le antojaba algo más, y el hombre que no, que solo quería una cerveza.

—No vendemos cerveza —replicó Alicia.

Estuvo a punto de confrontarlo hasta que el sujeto levantó su cuerpo de tirón, le entregó un billete de diez dólares y le obsequió una bondadosa propina de cincuenta centavos. ¡Cincuenta centavos! ¡Vaya! Y eso que pensaba que podría morir de hambre al llegar a Chicago, se dijo mientras mantenía esa sonrisa que casi le rebanaba el rostro.

—Tenga cuidado —susurró el hombre a media voz antes de salir, cuidando de que nadie más le oyera. Tenía un marcado acento eslavo, muy lejano a

América, la verdadera América, cruzando todo el océano que la abarca. La tomó del brazo mientras mantenía la mirada fija a sus espaldas—. Alicia, ¿no? Bien, será mejor que se cuide o terminará en una zanja, ¿me oye? En una zanja. Muerta. Despanzurrada. Y hágase un favor: lárguese de este país. Este no es un lugar para ilegales.

En una zanja había tenido la oportunidad de terminar una infinidad de veces antes, pensó Alicia, mientras cerraba a doble cerrojo el Pow Wow! y hacía frente al gélido aliento del río Michigan. Una noche terriblemente gélida, la peor en varios meses. Aquel primer cliente había sido un terrible presagio.

Y afuera la esperaba el final coletazo de un invierno. Chicago vestía inviernos que congelaban pensamientos, ventosos, regios, capaces de arriar con cuanto cuerpo se encontraran. Y ella era una mujer de cuerpo prieto, apariencia enclenque, fina en la medida de esos diminutos callejones del Downtown que solo ella era capaz de cruzar.

Pensó que la amenaza del extraño primer cliente había sido un pobre intento de amenaza. Y si había sido una advertencia, pues, ¿qué pretendía que hiciera con tan poca información?

Tampoco era la primera vez que le amedrentaban, y había pasado por tal carrusel de intimidaciones durante su vida que una más, una menos, una a medias, no sería capaz de alterarle. Además ella era quien era, una despreocupada Mesera del Pow Wow! —icon eme mayúscula!—, de tal insignificancia que ni el Tiempo reparaba en ella.

—Hasta mañana, niña, intenta dormir —le decía cada noche la señora Boupha—. Nos vemos a la una de la tarde. A las dos y media, un billete menos. A las tres, dos billetes. A las cuatro, será mejor que no vuelvas.

Porque la anciana le pagaba por horas, hora a hora, de puertas cerradas en el baño del establecimiento. «Here is the first hour», y le soltaba un billetito. «Here is the second hour», y le soltaba un billetito. «Here is the third hour» y le soltaba un billetito. Luego murmuraba alguna bendición, que bien podía ser un arcano conjuro, y se perdía en medio de la nada.

Dos años, noche tras noche, la misma rutina. Alicia venía disolviéndose lentamente.

Miró su reloj y repartió los minutos en cada cosa que debía hacer.

Se decidió ir por una bebida al 7-Eleven de la calle Erie, así que enfiló a la jungla de concreto, cristal y acero del Downtown. Músicos ebrios, el traqueteo del metro elevado capaz de reventar una migraña, negros y

negros que le recordaban la Arganzuela de su vieja Madrid. «Negros y negros», así le había dicho un hombre antes de entregarle su licencia de conducir —una licencia, por supuesto, falsa— recién adentrada en la mítica Chicago.

Así que allí iba, caminando con la vista a unas estrellas que se habían fundido por tan desmesurado voltaje de la ciudad, pensando en cómo librarse de su pasado. Un pasado que la seguía acosando, revolcándola en sueños y pesadillas. Olvidar se había vuelto un deporte para ella, una rutina a la que iba adicionando piezas, personas y recuerdos. Recuerdos que la hacían olvidar otros recuerdos. Y no era la única, y como ella conocía a cientos de miserables en fuga de los países que los vio nacer, tantos que, se dijo, Victor Hugo habría inspirado una tetralogía entera.

Entró al establecimiento. Se compró un sándwich de pavo, unas tiras de carne seca que en Madrid sería ilegal llamar panceta, y una cerveza que enfundó en bolsa de papel con una pajita al medio.

Entretanto el cajero terminaba de ver el video pornográfico que tan embelesado le desorbitaba los ojos, supuso Alicia, decidió volver a los anaqueles para municionarse de preservativos, frituras, y de las frituras a las bebidas azucaradas no había sino un dólar y un inocente dígito en el rango de diabetes. Tomó cuanto cupo en una canastilla y en eso que entra una mujer, pensó, una mujer que necesitaba aquellos preservativos mucho más que ella.

Era una jovencita rubia, zarca, de aspecto desafiante. Cruzó de frente sin perderle de vista, con el ceño fruncido y los labios apretados. El pecho subía y bajaba a toda velocidad, de las muñecas de sus manos culebreaban rabiosas venas. Tenía los músculos crispados, el semblante adusto, y sus ojos desprendían un furor que Alicia no desatendió.

Intercambiaron miradas mientras recorrían los anaqueles en una marcha militar. Sus ojos se encontraron en el medio y Alicia sintió unas enormes ganas de emprender huida como no sentía desde la Guerra; es decir, desde que se había encasquetado una Boina Verde.

—¿Reciben muchos clientes a esta hora? —le preguntó Alicia al cajero volviendo la mirada a esa mujer muy «americana», porque estaba segura de su gentilicio. Parecía que en cualquier momento fuera a lanzar un grito de guerra.

—No muchos, pero ivaya! que tiene hoy suerte de que esté yo atendiéndole.

—No me diga. ¿Puedo preguntarle por qué?.

—Puede, pero tendría que asesinarla —respondió con una risa pregrabada de muñeco de felpa—. La gente guarda muchos secretos. Los secretos —extendió las palmas de sus manos al frente mientras movía los tentáculos de sus dedos— son como el penacho de una garceta, ¿no cree?

La máquina registradora empezaba a terciar la conversación.

—Ya me lo temía.

—Se lo digo. Fotografío aves. Específicamente aves de penacho, como la garceta. Ahora, volviendo a lo nuestro, le decía que estaba de suerte porque se ha ganado un boleto de lotería. Uno de esos donde debe raspar una capa de grafito con un centavo. Mire, tome dos, si quiere, que ya la he visto antes. Además, tiene cara de que acaban de asesinar a su perro.

Alicia volvió la mirada. La mujer se había sepultado en el pasillo de las frituras, aunque aún le miraba por el reflejo de un espejo curvo que le henchía el rostro a la medida de un globo de feria, casi saltándole los ojos fuera de las cuencas. No le gustaba aquella mujer; no le gustaba nada, y si algún recodo de su pasado aún latía dentro de ella, un atisbo de lo que fue y aún seguía archivando en un guardarropas de Madrid, saldría de allí mismo y emprendería la marcha a toda velocidad.

—No tengo un centavo.

El cajero, un joven de tez morena, barba hirsuta y un aire a las «Las mil y una noches» —le recordó a un efrít con ojos de fuego— le entregó una moneda cobriza.

—Oh, espere —interrumpió—. Debo pedirle sus datos. Ya sabe, debo reportarlo, porque esta gente no confía ni en sus abogados, ¿eh? Bueno, no los culpo. Los abogados somos así, erráticos. —Fue sacando un folio y Alicia le interrumpió de tajo. Que no tenía tiempo para formatos, le dijo, que perdería el metro—. Pero el metro no cierra sino hasta dentro de una hora.

No quiso. Que se lo dejara a la mujer que aún merodeaba por los pasillos, y que se fiara de que primero llenara el formulario. Así ganaría tiempo.

Pagó con un billete de veinte dólares, dispensó su cambio, y volvió a entregarse a la noche, embestida por ese volátil glaciador que merodeaba por las calles de Chicago.

No tardó en darse cuenta de que había unas extrañas figuras esperándola fuera. Dos cuerpos se apeaban petrificados a dos motocicletas, y ni un cambio de luces, ni un saludo, solo la mirada de dos yelmos ciegos apuntando a ella. Una especie de prostituta fetichista, vestidita de saco y

corbata y tinturada de Betty Boop, hacía como si no le mirara, mirándole entre cada pulsación a su móvil. Y aquel tipo enjuto, *Dios santo*, se dijo, en ángulo obtuso adosado bajo un cartel luminoso de House of Blues. Le dirigía una sonrisa de lobo hambriento, como si fuera a engullirla en el menor descuido.

Siempre supo responder a su instinto. Lo aprendió de las Boinas Verdes. Y su instinto le decía que aquellos sujetos centraban su atención en ella.

Dejó atrás a esas extrañas personas y continuó su camino preguntándose si debía dar aviso a Sebastian, su novio, aunque los títulos así, tan estrictamente románticos, le inducían las arcadas.

¿Qué le diría? ¿Que unos sujetos se le quedaron viendo con cara de querer desmembrarla? ¿Que tal vez venían a cobrar los pecados de su pasado, que era hora de pagar sus cuentas pendientes? No podía. Sebastian poco o nada conocía de su pasado, y no estaba dispuesta a confesarle que en su vida había visto muchas miradas así, y que por lo mismo bien sabía reconocerlas.

Apresuró el paso siguiendo los desperdicios de río Chicago, es decir camino al Misisipi, justo bajo el puente Columbus. Junto a ella no caminaba más que el silencio, un silencio que, incluso a pesar de la hora, le parecía algo insólito en aquella ciudad. Y como el río se encunaba en aquella obra de alta ingeniería del siglo XIX, era como si se desplazara sobre una zanja fuera de la vista de las avenidas y los transeúntes aún sobrios, porque los ebrios, que eran muchos, ni cuenta se daban así se les plantara de frente.

A ambos flancos solo se divisaban los aparcamientos subterráneos y las garitas de comidas rápidas y café expreso que tanta demanda soportaban durante el día, pero que cerca de media noche no parecían sino los despojos de una vieja y herrumbrosa máquina. Incluso los vagos dormían y plantaban la mirada a tierra, envueltos en torbellinos de sayales y ronquidos.

Así que había sido fácil, se dijo segundos después, se los había dejado demasiado fácil.

Un hombre viejo —lo supo por la textura de sus manos y por la fuerza infantil con la que intentaba aferrarse a ella— la había sorprendido con un coctel de químicos que en el acto le nubló la visión. Llegó desde atrás y presionó un paño húmedo contra su rostro, mientras forcejeaba para mantener su cabeza inmóvil.

Pero Alicia era quien era, y como Boina Verde siempre se dijo que terminaría sus días apuntando sus manos contra fusil. Y con un fusil, bueno, no había manera, aunque sí que terminó presionando los globos

oculares del anciano. Hundió sus pulgares con toda la fuerza que le quedaba, y el hombre emitió un chillido rasgado, estéril.

Sabía que en pocos segundos perdería la consciencia y entonces vendría la oscuridad o la tortura. Estaba segura. Casi prefería lo primero, aunque su intento le hizo retrepase sobre el anciano, quien aún forcejeaba con ella desde atrás. Lanzó un gemido profundo, gutural, y llevó hacia atrás su cuerpo con todas sus fuerzas.

Cayeron ambos de espaldas y crujieron como hojas secas.

Ah, ¡y esa sensación! La sensación de que alguien le daba cuerda a un mundo que empezaba a girar como una peonza de acero y cristal. Los sonidos de una ciudad empezaban a aletear, emprendían vuelo. Su visión se cerraba y los segundos se hacían espesos, se dilataban y con ellos se extendía el dolor.

Pensó en su padre, en Jazmín, en su madre, en Sebastian y en Fernando. Todos mezclados, fusionados en un ente de carnes y huesos amorfos, con las vísceras hacia afuera, bestias purulentas mutadas por el efecto de los químicos.

Todo cuanto podía hacer era gritarle órdenes a su cuerpo para que hiciera cuanto pudiera, que pataleara, gimiera, que se desgañitara en estertores, en mazazos, en plegarias de auxilio que no llegarían jamás. Que asiera una roca y la blandiera en todas direcciones buscando ese cuerpo viejo para despacharlo y enviarlo al otro lado, al lugar a donde se dirigía Alicia, la que fue una vez Mesera del Pow Wow!

Perdió el conocimiento y se vio a sí misma, un cadáver pudriéndose, devorado por las lampreas que se atrevían a desaguar al Misisipi. El mundo, en definitiva, se dijo antes de perder la consciencia, terminaba ejerciendo su propio sentido de justicia.

Capítulo 2